

La Virgen de Guadalupe en Argentina. Movilización y política en el catolicismo, Santa Fe, 1920-1928¹.

Diego A. Mauro²

A la pregunta: ¿qué hay de real?, el siglo responde: manifestar

Alain Badiou³

Resumen

El presente trabajo reconstruye las peregrinaciones a la Basílica de la Virgen de Guadalupe en la diócesis de Santa Fe (Argentina), durante la década de 1920. Si bien se propone una periodización específica, el trabajo se retrotrae a las primeras décadas del siglo XX donde se configuran las razones de posibilidad de los procesos que se pretende estudiar más en detalle. El artículo explora las dinámicas de ocupación de la calle, tanto en términos organizativos como fenomenológicos, e intenta desde allí penetrar algunas de las conexiones que se establecieron entre religión y política.

Palabras clave: movilización, catolicismo de masas, religión y política, identificaciones colectivas

This study reconstructs the pilgrimages to the Basilisk of the Virgin of Guadalupe in the diocese of Santa Fe, Argentina, during the 1920s. Although the article covers a specific period, the paper goes back to the early decades of the XX century when the reasons behind the processes studied in greater depth developed. The article explores the dynamics of street occupation in both organizational and fenomenological terms and attempts to determine some of the connections established between religion and politics.

¹El presente trabajo fue publicado en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales*, núm 75, Instituto Mora, México, septiembre-diciembre de 2009. Una versión anterior fue presentada como ponencia en las *XIV Jornadas sobre Alternativas Religiosas en América Latina. Religiones/Culturas*, realizadas en Buenos Aires entre el 25 y el 28 de septiembre de 2007. Agradezco los comentarios de Miranda Lida y Martín Castro. También estoy en deuda con Marta Bonaudo y María Sierra por sus atentas lecturas.

² Universidad Nacional de Rosario/ISHIR-CONICET

³ Badiou, *Siglo*, 2005, p. 140.

Words key: mobilization, mass Catholicism, religion and politics, collective identifications

Introducción

En las últimas décadas la historiografía argentina ha prestado creciente atención a la Iglesia católica. El período del denominado “renacimiento católico” en la década de 1930 y las relaciones entre peronismo y catolicismo han merecido diferentes acercamientos y una abundante producción académica⁴. En el marco de estas problemáticas, las elocuentes imágenes de la multitudinaria asistencia a las celebraciones del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires en 1934 fueron convertidas en el icono de un catolicismo que se proponía penetrar la sociedad de manera integral⁵. A pesar de esta constatación, el estudio específico de los procesos de movilización fue relegado a un plano secundario y otros tópicos orientaron las investigaciones⁶. Entre ellos, la imbricación institucional con las Fuerzas Armadas en el marco del denominado “mito de la nación católica” y los solapamientos ideológicos entre catolicismo(s), nacionalismo(s) y peronismo concitaron los mayores esfuerzos⁷.

En esta dirección cabría agregar, como se ha señalado recientemente, que buena parte de estos trabajos, aunque con matices, hicieron propio un hilo conductor según el cual la Iglesia argentina atravesaba un ciclo completo de “derrota”, deseo de “revancha” y “triumfo” entre 1880 y 1943⁸. Desde esta perspectiva las masas católicas reunidas en la estela del Congreso Eucarístico fueron vistas como emergentes del “triumfo” en marcha y, salvo excepciones, no se intentó abordarlas en los términos de una “cultura de la movilización” que las conectara con experiencias precedentes⁹. En este sentido, la escasa reconstrucción de estas dinámicas y la idea misma de “renacimiento” acentuaron la

⁴Para un estado de la cuestión sobre la Iglesia católica en Argentina, ver de Di Stefano, “Iglesia”, 2002.

⁵Ver de Zanatta, Estado, 2002, pp. 155-161.

⁶Una excepción, aunque en los términos de un ensayo, la ofrece el trabajo de Lida, “Notas”, 2005.

⁷ Ver sin pretensiones de exhaustividad en calidad de ejemplos Mallimaci, Integral, 1988, “Diversos”, 2001; Caimari, Perón, 1995, Zanatta, Estado, 1996; Burchrucker, Nacionalismo, 1996; Bianchi, Catolicismo, 2002; Macor, “Tradiciones”, 2004.

⁸Ver de Lida, “Iglesia”, 2007.

⁹Ver en esta dirección el reciente trabajo de Sigal, Plaza, 2006, pp. 215-261.

preocupación por las rupturas y las multitudes católicas de los Congresos fueron utilizadas precisamente para confirmar la tesis discontinuista.

El presente trabajo procura enriquecer y en alguna medida revisar dichas miradas. Para ello avanza en la exploración de algunas experiencias que antecedieron a las del “catolicismo de masas” de los años 30s. Específicamente se pretenden reconstruir en esta oportunidad las metamorfosis de las celebraciones guadalupanas¹⁰ durante la década de 1920 en la diócesis de Santa Fe. Si bien se propone una periodización específica (1921-1928), el trabajo se retrotrae a décadas anteriores dónde se configuran las razones de posibilidad de los procesos que se pretende estudiar más en detalle. En términos teóricos, las salidas a las calles y plazas no son concebidas como prácticas en las que se exteriorizarían posicionamientos suficientemente sedimentados, al modo de escenarios donde se medirían fuerzas ya constituidas. Por el contrario, se parte del presupuesto que “la presencia pública [...] contribuye a producirlas, modelarlas o consolidarlas”¹¹. En esta dirección se ofrecen algunas observaciones en clave fenomenológica que apuntan a conectar potenciales “experiencias religiosas” y prácticas políticas¹². El artículo intenta de este modo explorar las articulaciones entre las dinámicas de ocupación de la calle, la eventualidad de identificaciones católicas y la creciente gravitación de la curia eclesiástica sobre el sistema político¹³.

De la peregrinación a la movilización

Con la creación de la diócesis a fines del siglo XIX y la llegada de Juan Agustín Boneo como primer obispo, la Iglesia católica recibió un renovado impulso en Santa Fe. La designación de Boneo, fuertemente imbuido por el proyecto de combate, regeneración y restauración integral del catolicismo, puso tempranamente a la diócesis por la senda de la catolización militante¹⁴. La estructura parroquial se complejizó y expandió de manera

¹⁰ Recuperamos el término tal como se utiliza coloquialmente.

¹¹ Sigal, Plaza, 2006, p. 17.

¹² Se pretende tomar distancia aquí de las perspectivas basadas en la equiparación de la Iglesia con un actor político. Ver en este sentido las sugerencias realizadas al respecto por Bianchi, “Presentación”, 2002, p. 47.

¹³ Para un diferenciación entre “identidad” y “actos de identificación” ver de Frigerio, “Repensando”, 2007, pp. 98-100. Sobre la relación entre “manifestación” e “identidad” ver en términos de filosofía política a Badiou, Siglo, 2005, pp. 139-141.

¹⁴ Monseñor Boneo se había formado en el Colegio Pío Latinoamericano de Roma y había sido una sobresaliente figura del Seminario de Buenos Aires. Sin pretender cerrar unidireccionalmente la compleja personalidad de Boneo, a fines del siglo XIX, formaba parte de la nueva generación de sacerdotes que se

significativa, al igual que la labor de las órdenes religiosas, principalmente en el terreno educativo donde adquirieron gran relevancia.

Por entonces Boneo había obtenido de la Sagrada Congregación de Ritos del Vaticano, la aprobación para celebrar el segundo domingo después de Pascuas la fiesta de la Virgen de Guadalupe nombrada patrona de la Diócesis en reemplazo de San Gregorio VII. La elección de Boneo se inscribía en los intentos de normalización religiosa que impulsó la curia durante las primeras décadas del siglo XX y que, en consonancia con los lineamientos de Roma, propiciaba la centralización devocional. En 1900 se llamó a la primera peregrinación oficial en la cual las parroquias y capellanías de la diócesis participaron a través del envío de delegados¹⁵.

La raigambre popular de la peregrinación al santuario de Guadalupe ha dejado diversos testimonios y a fines del siglo XIX la práctica se mostraba vivaz y en ascenso¹⁶. Boneo que compartía la imagen de una “cristiandad asediada”, intentó ofrecer a través de Guadalupe un referente colectivo que propiciara la unidad diocesana. Señalaba en la primera peregrinación organizada por el obispado que de allí en más el santuario sería “el sitio privilegiado” de la “fe y la piedad de los santafesinos”¹⁷.

Una vez adquirido el solar donde se encontraba el santuario y ya creada la Cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe, se comenzó a planificar la construcción de una basílica¹⁸. Las obras comenzaron en 1904 y en 1910 el propio Boneo, su artífice principal, bendijo el templo cuya fachada de unos 50 metros de altura se coronaba con la cruz del divino

encontraban directamente vinculados al proyecto centralizador que León XIII impulsaba para la Iglesia Latinoamericana y que encontraría en el Concilio Latinoamericano de 1899 celebrado en Roma su más clara expresión. El ciclo conciliar latinoamericano, como señala Saranyana, se había iniciado no obstante durante el pontificado de Pío IX. Para una introducción a la dimensión teológica del Concilio y para un primer recorrido bibliográfico ver Saranyana, “Teología”, 2002, pp. 225-252.

¹⁵Estas redes ya habían sido puestas en funcionamiento el año anterior con motivo de la creación del comité diocesano para la “Obra de la Propagación de la Fe”, con tal objetivo se habían organizado diversas comisiones en toda la provincia. Ver folleto Obra de la propagación de la fe. Informe del Comité Diocesano correspondiente al año 1899, Sta. Fe, Tip. Emp. Nueva Época, Comercio 351, 1900, en Archivo Histórico Provincial de Santa Fe (en adelante AHPSF), Folletos Varios, tomo 59, folleto 12.

¹⁶Unión Provincial, 26 de abril de 1898 y 15 de abril de 1899; Nueva Época, 19 de abril de 1899. Sobre la celebración de la Virgen de Guadalupe en Santa Fe puede consultarse el trabajo documental y bibliográfico, aunque no exento de sugerentes hipótesis, de Stoffel, Guadalupe, 2006 y “Centro”, 2002.

¹⁷Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Santa Fe (en adelante BEDSF), 16 de marzo de 1902 y 16 de abril de 1903.

¹⁸ Sobre el litigio, la donación de Antonia Godoy, la compra de parte del solar a título personal por Juan Agustín Boneo y el reclamo de María Antonia Godoy ver el trabajo de Stoffel, Guadalupe, 2006, pp. 97-102.

redentor¹⁹. A partir de la segunda década del siglo, la convocatoria y organización estrecharon vínculos con la estructura parroquial que por entonces se hallaba considerablemente más consolidada. Cada parroquia participaba a través de delegados en la organización general y vehiculizaba la información que desde el obispado se ofrecía. La sofisticación de la celebración fue en aumento y se instalaron carpas, se confeccionaron listas de peregrinos, se imprimieron folletos explicativos y recordatorios y se habilitaron libros de firmas en los cuales los fieles podían dejar sus impresiones²⁰. Se consiguieron descuentos en los trenes, subsidios del estado y hacia 1911 se liberaron las tarifas²¹. Durante la década de 1920 se consiguieron también beneficios en los hoteles de la ciudad y en los vagones dormitorios que, previa constatación de la “devoción” de los solicitantes, ofrecían tarifas reducidas. Para ello llegaron a emplearse métodos cada vez más formalizados que incluían identificaciones con sellos y firmas que tramitaban las parroquias. La proliferación de imágenes, postales y medallas fue en constante aumento alimentada, como en buena parte de las fiestas patronales, por la presencia de vendedores ambulantes que se instalaban en las inmediaciones y que abastecían a los concurrentes²². A lo largo de estas décadas, la peregrinación fue una práctica social y colectiva organizada a partir de la familia o de otros grupos de referencia como el laboral o el barrial y que confluían en las parroquias. De este modo, los párrocos cumplían un rol sumamente destacado aglutinando a los peregrinos, facilitando información, descuentos, imágenes, pautando horarios y solucionando problemas de índole diversa. En la ciudad de Santa Fe se partía con antelación desde los diferentes templos y se recorría la ciudad hasta pasar a engrosar la columna principal que iba a la Basílica. En Rosario podía ocurrir lo mismo pero el lugar de destino era la estación de trenes desde donde se partía muy temprano, por lo general de madrugada, para llegar a la celebración. Durante la década de 1920 el local del Círculo de Obreros reemplazó a veces a los templos parroquiales y comenzó a ser utilizado

¹⁹El gobierno de la provincia participó económicamente en las obras con al menos dos aportes en títulos de edificación pública para obras del Santuario de Guadalupe. Notas del 27/05/1909 y del 12/02/1910, en Archivo del Arzobispado de Santa Fe (en adelante AASF), Carpeta del Ministerio de Gobierno (1899-1942). Se organizaron comisiones encargadas de recaudar fondos para las obras de la basílica en diversas parroquias y capellanías, tal el caso de la que se constituye en 1904 en la de San Carlos Centro, ver Carpeta de la parroquia de San Carlos Centro (1860-1950) y la que el mismo año se pone en funcionamiento en la iglesia de San Martín de las Escobas, en AASF, Carpeta de la Parroquia de San Martín de las Escobas, núm. 65, p. 217.

²⁰Desgraciadamente estos libros no han sido conservados.

²¹BEDSE, noviembre de 1911.

²²Imágenes de las postales y medallas pueden apreciarse en Stoffel, *Guadalupe*, 2006.

como principal punto de reunión para, desde allí, movilizarse hasta la estación. Algo similar ocurría en las poblaciones de la campaña agrícola que partían de los templos y se daban cita en los andenes de las estaciones del ferrocarril.

La ocupación de plazas y calles no era nueva en el catolicismo y una larga tradición había alimentado estas prácticas en el seno de las cofradías. Sin embargo sería impreciso vincularlas de maneras demasiado directas con las salidas a la calle que se analizan aquí. Si bien podría pensarse que estas peregrinaciones y procesiones, como afirmaban por entonces los publicistas liberales o anarquistas, eran formas “premodernas”, resabios de aquellas que en tiempos pasados habían celebrado la “gloria de la Iglesia”, un acercamiento más desapasionado jaquea rápidamente estas miradas. Tanto porque las prácticas lejos de languidecer se mostraban dinámicas y como en el caso de Guadalupe en un franco ascenso, como porque las formas de organización y las convocatorias, sobre todo a partir de 1910, comenzaron a modernizarse y se asemejaron a las de la “manifestación política”²³.

La curia seguía con satisfacción la curva de peregrinos claramente ascendente en Guadalupe y a través de ellas se alentaban, como se verá, identificaciones colectivas que se estructuraban en torno a criterios de orden, de autoridad y a dispositivos de significación que permitían establecer vínculos religiosos más directos y populares que en los templos.

Del partido católico a la masividad guadalupana

A fines de la segunda década del siglo XX, la curia compartía con los militantes de la democracia cristiana en Rosario la idea de que tarde temprano sería preciso organizar un “gran partido católico”. Algunas tímidas iniciativas laicizadoras entre 1912 y 1916 habían despertado la alarma de la curia que desde entonces había apoyado a la democracia cristiana, con el objetivo de entrar en el mediano plazo a la arena electoral si las circunstancias lo ameritaban. Tanto en Santa Fe como en Rosario desde el laicado se abrigaba la idea de que el lanzamiento de un partido católico era una posibilidad cierta y relativamente factible. No obstante, hacia fines de la década de 1910 los párrocos eran mucho menos optimistas que los dirigentes de los Círculos de Obreros y coincidían con la curia en que lo mejor era articular una Liga Electoral Católica y dejar la forma partido para

²³Sobre el problema de la “modernidad” del catolicismo en este período ver de Blanco, “Religión”, 2007, pp. 63-90.

un futuro que se consideraba todavía muy lejano. La organización de una Liga permitía movilizar al laicado para actuar en las coyunturas de peligro e intervenir en la vida interna de los partidos de manera de frenar a los grupos reformistas liberales sin arriesgarse a competir electoralmente de manera frontal. Los párrocos consideraban que con el paso de los años la experiencia de la Liga generaría las condiciones para el surgimiento de un partido católico, pero hacia 1920 coincidían casi unánimemente en que la preponderancia del radicalismo era abrumadora y que por ende la empresa electoral era una actitud además de innecesaria inapropiada²⁴.

Por entonces comenzaron las primeras escaramuzas entre la curia y los grupos que, aprovechando la reforma de la constitución provincial que se avecinaba, pretendían avanzar en la laicización del estado provincial. Boneo trazó entonces a través de una pastoral difundida en los púlpitos los límites que supuestamente los reformadores no podían cruzar sin violentar las potestades de la Iglesia. Ante esto las tramas reformistas liberales contestaron calificando a la pastoral de “provocación” y llamaron a terminar con los vínculos que unían Iglesia y Estado. Si bien los partidos no parecían estar particularmente preocupados por la cuestión, puertas adentro, la curia se mostraba desconfiada y retomó con mayor vigor el proyecto de conformación de una liga electoral, estancado desde 1918. A pesar de estos intentos, cuando el conflicto estalló en 1921 se había avanzado poco y la curia debió aceptar que la resistencia fuera dirigida mayormente por los laicos militantes reunidos en los Círculos de Obreros mucho más dinámicos que los párrocos. Así, el proyecto de una liga electoral cedió finalmente su lugar al de los comités de Acción Católica, que se pusieron en marcha en medio del conflicto presididos por las principales figuras de los Círculos de Obreros de Santa Fe y Rosario²⁵.

En medio de los debates que aspiraban a modificar el preámbulo y quitar la invocación a Dios, los dirigentes del laicado santafesino propusieron a Boneo utilizar la convocatoria anual a Guadalupe para realizar un acto de protesta en la Legislatura. Si bien la curia asistía con preocupación al hecho de que la resistencia tomara vida propia en manos del laicado, y se mostró al principio dubitativa sobre la posibilidad de utilizar

²⁴Ver específicamente sobre el problema del partido Vidal, “Reacción”, 2000; Mauro, “Partido”, 2008.

²⁵Sobre el conflicto de 1921 ver de Macor, “Católicos”, 2005; y de Mauro, “Liberalismo”, 2007.

Guadalupe, lo cierto es que la coyuntura no parecía admitir otras salidas y Boneo accedió finalmente.

La convocatoria se hizo de manera enérgica a través del diario Nueva Época, dónde varios de los dirigentes católicos escribían regularmente, y numerosos volantes fueron repartidos invitando al acto de repudio²⁶. La movilización fue un éxito y cerca de diez mil personas participaron de la protesta que cambió su destino y se realizó en el centro de la ciudad²⁷. En la plaza San Martín, donde se celebró la misa, Boneo llamó a no “deponer” las “armas” y poco después frente a la legislatura varios dirigentes del laicado santafesino y rosarino, entre ellos Ramón Doldán, José Sutti y Francisco Lorenzatti, pronunciaron encendidos discursos²⁸.

La afluencia fue algo mayor que otros años, en parte debido a la capacidad de movilización de los nuevos comités de Acción Católica y de la insistente propaganda, pero lo cierto era que la afluencia se debía básicamente a la popularidad de la devoción y a las redes tejidas a lo largo de las dos primeras décadas del siglo. En la coyuntura los mecanismos de convocatoria que operaban a nivel parroquial no tuvieron inconvenientes en redireccionar la concurrencia que anualmente visitaba la Basílica hacia el centro de la ciudad y publicitar el discurso de protesta elaborado por la curia y los dirigentes del laicado. El rol de Nueva Época, uno de los principales diarios de Santa Fe, fue por entonces sumamente importante²⁹. La curia no contaba con diarios propios y frente a las posiciones reformistas de El Litoral o el Santa Fe, Nueva Época se ofrecía como un aliado vital a la hora de mostrar públicamente la “masividad” de la protesta. En las calles, la amenaza reformista se materializaba, tomaba cuerpo y adquiría formas más definidas al recortar una identidad católica que, dejando de lado posiciones y tendencias, se comenzaba a definir por el hecho de resistir la reforma. Además, la realización del acto frente a la Legislatura fue

²⁶ Nueva Época, 8 de abril de 1921.

²⁷ La curia diocesana coincide con el diario Santa Fe, a través de su Boletín Eclesiástico, en que a causa de la celebración de la Virgen de Guadalupe “desde el sábado los trenes llegaban atestados de peregrinos; del Rosario, Esperanza, Rafaela, San Jerónimo, Reconquista, Avellaneda, Arroyo Seco y otros puntos de la provincia”, BEDSF, mayo de 1921.

²⁸ Nueva Época, 11 de abril de 1921.

²⁹ Ver Mauro, “Católicos”, 2008.

otro acierto que permitió a muchos de los participantes, hasta el momento tal vez ajenos al conflicto, tomar conciencia del destinatario de la protesta³⁰.

La contestación organizada por los sectores reformistas a los pocos días, motorizada por el Partido Demócrata Progresista, los radicales menchaquistas³¹, la Federación Universitaria de Santa Fe y las tramas liberales y librepensadoras, fue esencial para materializar en la coyuntura a ese “otro” indispensable para intentar alimentar el sentido de pertenencia y colectividad que la experiencia de la marcha parecía haber despertado³².

Las reformas secularizadoras sancionadas por la convención fueron finalmente desconocidas por el poder ejecutivo poco tiempo después. El Superior Tribunal de Justicia, constituido por varios juristas católicos que participaban de los comités de Acción Católica y que habían marchado el 10 de abril a la Legislatura, apoyó con entusiasmo el decreto, fervorosamente festejado a través de actos públicos y procesiones en el radio inmediato de muchas parroquias³³.

La detención de la reforma puso ante los ojos de la curia santafesina toda la potencialidad política del uso de la calle, algo que la Iglesia argentina había “descubierto” a nivel nacional durante el Congreso Eucarístico de 1916. Le recordó al mismo tiempo el déficit que se arrastraba en el plano de la prensa católica, un instrumento imprescindible para agilizar las convocatorias y en algún punto contribuir a lograr el efecto masividad, a través del cual la Iglesia había logrado irrumpir en la política. En perspectiva, el proceso de movilización fue decisivo en el cambio de timón que se consolidaría algunos años después y que llevaría a la curia a abandonar sus expectativas de formar un partido católico en beneficio de las calles como modo de intervención política.

El viraje no fue terminante sino paulatino y en lo inmediato pasado el peligro, la curia intentó retomar su propio proyecto político alentando el desmantelamiento de los

³⁰El diario Santa Fe señala “Con respecto a la concurrencia total hay muchas opiniones, no faltando quien asegure que los concurrentes no pasaban de 3000 y otros que excedían los 12.000. Nosotros consideramos como término medio la mitad de esta última cifra, pues había venido mucha gente de Rosario y las colonias”. Santa Fe, 11 de abril de 1921. El BEDSF propone una asistencia de 12.000 personas en su edición de mayo de 1921 y Nueva Época, vocero de los organizadores, arriesga la cifra, claramente excesiva, de 15.000, Nueva Época, 11 de abril de 1921.

³¹Con esta denominación se designaba en la prensa a la fracción que lideraba el ex gobernador Manuel Menchaca y que apoyaba las reformas liberales. Entre 1923 y 1925 se constituirían en un partido propio con la denominación de Radicalismo Opositor.

³²Santa Fe, 16 de abril de 1921.

³³Nueva Época, 28 de agosto de 1921.

comités de Acción Católica que escapaban a su control, para reemplazarlos por una unión electoral dirigida por los párrocos. No obstante, el impacto de la movilización del 10 de abril se hizo sentir y mientras por un lado se impulsaba la Unión Electoral Católica por el otro se alentaba en lo posible la acción religiosa y política en las calles.

En los hechos fue más sencillo frenar a los laicos, atravesados por diferentes concepciones políticas y tramas que apenas se articulaban, que repetir la exitosa producción política de masividad. El lanzamiento de un periódico católico, uno de los engranajes básico, debió esperar recién hasta 1924 y, como he estudiado en otro lugar, se llevó a cabo en la ciudad de Rosario, debido entre otras cosas a las diferencias que Boneo mantenía con algunos de los dirigentes del laicado en la ciudad capital³⁴. Por otra parte, mermado el entusiasmo del “combate”, durante 1922 y 1923 los altos niveles de concurrencia se mantuvieron pero ante el debilitamiento de los reformistas, más allá de los discursos que intentaban avivar el fuego, la masividad no irrumpió políticamente con la misma claridad.

Fue recién en las elecciones de febrero de 1924 cuando los católicos lograron volver a producir políticamente “calles católicas”. Por entonces las reformas anuladas se habían convertido en la bandera de lucha del Partido Demócrata Progresista que se proponía sancionarlas si llegaba al gobierno. Como en 1921 durante todo febrero las circulares agitando y movilizandose se multiplicaron, y las consignas llamando a votar por el radicalismo unificado, que se había comprometido a no introducir reformas laicizadoras, fueron difundidas desde el púlpito. Según palabras de la curia, estas orientaciones debían ser claras y concisas de manera que no hubiera lugar a malentendidos³⁵. Ese “otro” que en 1921 habían ocupado en un sentido amplio los “reformistas liberales”, los “librepensadores, masones y anarquistas”, adquiría ahora una entidad más definida en términos partidarios y los ataques se centraban en la democracia progresista y el radicalismo menchaquista u opositor. Esta particularidad hacía de las movilizaciones y actos católicos no sólo una forma de intervención política en sentido amplio sino una intervención político-partidaria concreta que incluyó la acción proselitista a favor de la fórmula oficialista por parte de la

³⁴ El periódico, a cargo de los dirigentes del Círculo de Obreros, se llamó El Herald y salió hasta 1930. Los resultados de la experiencia, si bien no fueron del todo desalentadores para la curia, tampoco fueron exitosos y, en los hechos, no se estuvo si quiera cerca de poder lograr establecer un medio periodístico competitivo que disputara posiciones más allá de las tramas católicas. Ver Mauro, “Católicos”, 2008.

³⁵ BEDSF, 1 de marzo de 1924.

Unión Electoral Católica y los comités de Acción Católica que seguían funcionando en Rosario.

El triunfo del radicalismo unificado permitió que la festividad de Guadalupe, a celebrarse pocos días después de conocerse los resultados de la jornada electoral, adquiriera un tono nítidamente político. En ella se apreció como en los años anteriores un número creciente de peregrinos venidos desde todos los rincones de la provincia congregados bajo la consigna propuesta por el propio Boneo de expresar “la gratitud [...] a la santísima Virgen y madre de Dios por el triunfo alcanzado contra los enemigos del Nombre de Dios en la Constitución del Estado”³⁶.

Guadalupe proponía con particular eficacia una suerte de hibridación entre religión y política y al mismo tiempo proporcionaba una instancia importante de militancia en la cual los católicos hacían uso de la calle, pegaban carteles, repartían volantes y panfletos y proyectaban su voz, colectiva e indiferenciadamente, a través de la figura retórica del “pueblo católico”. Todo esto de manera muy similar a como realizaban los partidos sus actos de campaña. Con estas peregrinaciones, que en 1924 se permitían celebrar nuevamente la derrota del “extranjerismo liberal”, la Iglesia comenzaba a consolidar su presencia en el campo político en el que asumía de manera creciente un rol tutorial al que, dicho sea de paso, el radicalismo unificado desde el gobierno se plegaba venturoso.

Las salidas a la calle en la forma de multitudinarias columnas para las cuales “todos los medios de transporte” escaseaban³⁷, eran sin duda procesos complejos en los que, tal como se desprende de las crónicas periodísticas, la religión católica parecía insuflarse de un vigor que exasperaba a los dirigentes reformistas y en particular a las tramas liberales y librepensadoras. Durante 1924, tal como había sucedido en 1921, algunos indicios de anticlericalismo se hicieron visibles y cobraron fuerza. El PDP, que hasta 1920 había hecho de la laicización una cuestión secundaria, asumió luego del conflicto un discurso anticlerical y por momento incluso antirreligioso que comenzó a considerar la laicidad como una prioridad política. También se acentuó el discurso crítico de los radicales opositores cuyos dirigentes tenían vinculaciones con las tramas librepensadoras, desde siempre difusoras de un anticlericalismo militante. Por entonces, apareció El Liberal, un

³⁶ BEDSF, 1 de abril de 1924.

³⁷ BEDSF, 1 de mayo de 1925.

periódico que además de promocionar al radicalismo opositor en Rosario, recuperaba muchos de los planteos que los librepensadores y anarquistas impulsaban desde las primeras décadas del siglo. Allí la Iglesia era presentada como la principal fuente de “atraso” y “esclavitud”. Algunas de las notas se remontaban a la edad media europea para desde allí ofrecer una condena a la brutalidad de las cruzadas y al terror inquisitorial. Se detenían ampliamente en los casos de Giordano Bruno y Galileo y la religión católica era caracterizada como la “guillotina del pensamiento, el arte y la belleza”³⁸. Se atacaba al diario católico *El Pueblo* y el rechazo del Vaticano a la designación de De Andrea condujo a numerosas intervenciones y a la reiteración del pedido de separación definitiva de la Iglesia y el Estado³⁹. Si en 1921 Bonaparte, uno de los impulsores de las reformas, anunciaba en la legislatura la inminente bancarrota del catolicismo, hacia 1924 dicho optimismo estaba siendo abandonado por los librepensadores y, aún cuando se mantenía abierto el horizonte de una secularización inevitable, se volvía a las imágenes adversas construidas durante la primera década del siglo. Se denunciaba entonces el crecimiento de la “superstición” y sobre todo del “fanatismo” que se percibía en el resurgimiento de las celebraciones católicas “hijas de la ignorancia primitiva”⁴⁰.

Efectivamente las crónicas periodísticas coincidían en remarcar la intensidad que parecía atravesar a muchos de quienes asistían a estos actos masivos. Las calles, a través de las cuales la curia pretendía recordar a los partidos y en general a todos sus opositores su creciente poder, parecían vigorizar en sentidos difícilmente estimables la dimensión religiosa entre los congregados. El calor de los cuerpos amontonados, los cruces de miradas, la entonación de cantos (por el momento no del todo armoniosa⁴¹), los eventuales roces del cuerpo y las supuestas amenazas que la curia se encargaba de recordar, insuflaban de vida a la multitud y generaba las razones de posibilidad de experiencias religiosas que, siguiendo a Calveiro, se constituían a veces en “puntos de fuga”⁴². También los “vivas”, como en los actos políticos, eran utilizados para accionar el eco masivo que se fundía en el

³⁸ *El Liberal*, 2 de agosto de 1924.

³⁹ *El Liberal*, 13 de diciembre de 1924. Sobre el conflicto con De Andrea ver de Zanatta y Di Stefano, *Historia*, 2000, pp. 390-407.

⁴⁰ Sobre estas imágenes ver Grandinetti, “*Librepensadores*”, 2008.

⁴¹ La entonación de cantos durante las procesiones mejorará considerablemente durante los años 30s. cuando la incorporación de parlantes permita introducir voces rectoras. Durante el Congreso Eucarístico Diocesano de Rosario, en 1933, se constituyó incluso una sub-comisión para la preparación del sonido.

⁴² Ver sobre el concepto deleuziano de “punto de fuga” el trabajo de Calveiro, *Familia*, 2005, pp. 155-198; también el de Rajchman, “*Deleuze*”, 2004.

“cara a cara” potenciando la pertenencia colectiva. La multitud demandaba una vez congregada, como señalan Luckmann y Berger, la disolución “prerreflexiva” de la propia “subjetividad”⁴³.

Al mismo tiempo, los conflictos y enfrentamientos menores que sucedían en toda la provincia entre algunos militantes políticos del PDP o del radicalismo reformista y los curas párrocos o capellanes, contribuía a consolidar la materialidad amenazante del “otro” e indirectamente apuntalaban tanto el discurso de la curia, como las identificaciones que podían haberse generado al calor de la movilización⁴⁴.

Mientras la utilización de la calle se mostraba como un recurso cada vez más importante, las posibilidades y más aún la necesidad de un partido católico se volvían a ojos de la curia totalmente inexistentes. La movilización estaba generando modos de participación religiosa más dinámicos y populares en los que los católicos abandonaban los templos y tal como dejan entrever las crónicas periodísticas, asistían a experiencias en muchos casos intensas. Al mismo tiempo, estas vivencias contribuían a amalgamar identificaciones y a dar sustento a la posición tutorial que la Iglesia pretendía asumir en relación al sistema de partidos.

El triunfo unificado y la profunda crisis del reformismo liberal que siguió a la derrota electoral de 1924, terminaron por consolidar el viraje. Los lazos tejidos entre la gestión del nuevo gobernador radical Ricardo Aldao y la Iglesia católica que lo había apoyado en la campaña, redujeron los peligros que podían originarse en la política de partidos y la curia se abocó a la conquista de las calles y al perfeccionamiento de la producción de masividad.

Durante las elecciones parlamentarias de 1926 la opción partido ya sólo seguía presente en la cabeza de los dirigentes del Círculo de Obreros de Rosario mientras enormes contingentes de católicos recorrían las calles de Santa Fe y Rosario en solidaridad con el Congreso Eucarístico Internacional de Chicago⁴⁵. La curia, apoyada en la capilarizada red parroquial, se ponía al frente de un “catolicismo de masas” que estaba ocupando las calles

⁴³ Ver de Luckmann y Berger, *Construcción*, 1994, pp. 46-47.

⁴⁴ Los conflictos se suscitaron con particular importancia en Carcarañá, Lehmann, Coronda y San Javier. Ver sobre los conflictos las sesiones de diputados del 27 y 28 de marzo de 1924, en Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Santa Fe, 1924, t. I, en Archivo de la Legislatura de Santa Fe (en adelante ALSF).

⁴⁵ *BEDSF*, 1 de febrero de 1926.

cada vez con mayor frecuencia. Ya no se contestaba a los reformistas como entre 1921 y 1925, pero aún así en nombre del “pueblo católico” los discursos imbricaban recurrentemente aspectos religiosos, políticos e incluso político partidarios⁴⁶. Los nuevos tiempos se plasmaron con particular nitidez en la Celebración de la Virgen de Guadalupe de 1927 cuando ante la concurrencia, luego de agradecer como era habitual la protección de la Virgen en contra de las agresiones del “extranjerismo liberal”, el obispo convocó a un proyecto colectivo para coronar la imagen el año próximo.

Inmediatamente se conformó el esqueleto de la primera comisión organizadora a la que el gobernador de la provincia, Ricardo Aldao, se sumó como presidente honorario. Poco después las estructuras eclesíásticas así como las tramas del laicado dieron circulación a panfletos y volantes impulsando el proyecto. En uno de ellos se leía: “Católicos!! Ha llegado la hora de probar a la faz del mundo nuestro amor a María! [...] Quien no tiene para esta Corona una joya, un poco de oro o algunos centavos? [...] El rico y el pobre, el sabio como el ignorante, sin distinción de clases unidos sólo por el sagrado vínculo del amor a María [...] Por nuestro honor de católicos!!”⁴⁷. El pedido, más allá de su importancia económica, reforzaba simbólicamente la participación del “pueblo”, a la vez que se intentaba proyectar una unidad identitaria, cultural y política sin fisuras, en la cual los actores principales eran el “pueblo católico” y su pastor natural el obispo, ante el cual “ricos y pobres, sabios e ignorantes” eran presentados formando una perfecta unidad.

Las calles católicas y la unanimidad. La Coronación de la Virgen de Guadalupe.

En este clima festivo, la visita del Nuncio Apostólico en octubre de 1927 a la ciudad de Rosario revistió grandes dimensiones y fue atentamente seguida por la curia diocesana, que observaba con regocijo la magnitud que estaban adquiriendo las movilizaciones del catolicismo rosarino⁴⁸.

⁴⁶Por entonces, el Congreso Eucarístico Internacional de Chicago, condujo a una serie de intensas movilizaciones bajo las banderas de Cristo Rey, tanto en Santa Fe como en Rosario. Ver El Herald, 3 de julio de 1926.

⁴⁷BEDSF, 15 de septiembre de 1927.

⁴⁸Previamente la peregrinación de Corpus Christi había alcanzado excepcionales dimensiones y los dirigentes del COR tomaban nota del fenómeno. “Rosario vive de la fe de sus mayores, la populosa urbe rinde sus adoraciones a Jesucristo, nuestra ciudad es un pueblo creyente [...] Hay fe en el pueblo”. Ver El Herald, 18 de junio de 1927; también La Capital, 17 de junio de 1927. “...con adhesión entusiasta de buena parte de la población rosarina. [...] todas las Iglesias se vieron con una concurrencia enorme y la manifestación de fe

El descenso del Nuncio desde el vagón del tren debió ser para los asistentes un espectáculo imponente. La banda de música de los Salesianos tocaba al mismo tiempo que los disciplinados y numerosos batallones infantiles de Gimnastas y Exploradores de Don Bosco, formaban un cordón a ambos lados de las calles de la estación. La presencia de fieles cubría todas las instalaciones y las calles aledañas tal como atestiguan los medios de prensa. Un cuerpo de ciclistas de los mismos batallones de Don Bosco sirvió de escolta en el trayecto hasta la plaza de Mayo⁴⁹.

El número de asistentes fue difícil de calcular por los diferentes lugares de congregación, pero en cada uno de ellos la concurrencia superó los cálculos de la curia viviéndose por momentos situaciones de tensión ante varios desbordes. Al llegar la comitiva a la Iglesia Matriz, ésta ya se encontraba “abarrotaada” de personas que miraban a numerosas niñas arrojando flores. Inmediatamente después se celebró la recepción de las autoridades civiles de la Provincia en los salones de la Casa de Gobierno en donde hicieron uso de la palabra Ricardo Aldao y el pbro. Andrés Olaizola en nombre de la comisión organizadora.

El sábado por la tarde se procedió a la bendición de las obras de la Iglesia Matriz y las funciones religiosas culminaron en un Solemne Pontifical oficiado por el propio Nuncio Monseñor Cortesi, acompañado de un coro de cien voces y por la palabra de Gustavo Franceschi quien hizo el panegírico de la Virgen del Rosario. Este fue probablemente el momento del clímax acontecimental y el de mayor concurrencia. A la asistencia general de fieles se sumó la planificada y ordenada presencia de colegios y asociaciones católicas que participaron de la procesión junto a los soldados del regimiento 11 de Infantería⁵⁰. El cuadro, notable por el número de asistentes como por las figuras presentes, se completaba con la escolta de la Virgen a cargo de un grupo de marineros de la Sub Prefectura y con la concurrencia y actuación de las bandas del Regimiento 11 de Infantería, de la Policía y de los Salesianos. La sede del Círculo de Obreros sirvió para oficiar por la noche un “gran banquete” en el que su presidente, Elías Luque, pronunció un breve discurso de bienvenida.

superó los mejores cálculos”. Ver también para los preparativos, La Capital, 12 de junio de 1927 y 16 de junio de 1927.

⁴⁹“Alcanzaron proporciones destacadas los actos celebrados ayer con asistencia del nuncio. De la unión fervorosa que animaba al pueblo católico, da una cabal idea el respeto con que al paso del alto dignatario de la Iglesia supo arrodillarse en masa”. Ver La Capital, 3, 4 y 5 de octubre de 1927.

⁵⁰BEDSE, 15 de octubre de 1927 y La Capital, 5 de octubre de 1927.

En el Colegio San José, uno de los focos de ataque de las tramas librepensadoras rosarinas⁵¹, se realizó al otro día un almuerzo del que participaron unos 300 colonos cercanos al Colegio, completándose el mismo con un acto literario y gimnástico protagonizado por los alumnos. Finalmente el mismo día, las Damas de la Sociedad de Beneficiencia de Rosario ofrecieron una despedida en los salones de la Municipalidad.

La visita de Cortesi superó en cuanto a asistencia los cálculos más optimistas formulados por los organizadores. Aún así los medios católicos desatendieron la cuestión del número e intentaron ofrecer una imagen de unanimidad. El catolicismo ya no se presentaba como una mayoría en oposición a los intentos secularizadores de las “élites liberales” o “reformistas”. A partir de la imagen retórica del “pueblo católico” la presencia de los “otros” se desdibujaba, algo que intencionalmente se buscaba transmitir a través de las numerosas fotografías difundidas. En el cuadro que intentaba trazarse, lo “otro”, el “extranjerismo liberal”, los comunistas, anarquistas o masones y sobre todo los demócratas progresistas, eran recuperados sólo como el vago recuerdo de una amenaza que lejos de preocupar, reforzaba el espíritu de triunfo que atravesaba la festividad.

Al año siguiente, la coronación alcanzó en todos los órdenes una magnitud pocas veces igualada en la historia de la provincia. Las comisiones organizativas reunieron a miembros de las tramas católicas tanto en Rosario como en Santa Fe, así como a militantes, dirigentes de instituciones laicas y figuras destacadas de la política provincial. Tanto el gobernador Ricardo Aldao como el jefe de policía de Santa Fe Benito Niklison integraron las comisiones.

La magnitud del evento posibilitó el despliegue de toda la experiencia organizativa que se había acumulado desde 1921. Se estableció un modelo sensiblemente más verticalizado, similar al que se emplearía luego durante el Congreso Eucarístico de 1933 en Rosario, en cuya cúspide se ubicó con plenos poderes la Comisión Central de Caballeros con la que debían entenderse las diversas subcomisiones. Los directores de cada una de ellas debían hacer llegar a la Comisión Central la nómina de los miembros. Todo lo recaudado, tanto en dinero como en joyas, se enviaba mensualmente a la Comisión Central. Las estructuras organizativas, metódicamente levantadas, denotaban un grado elevado de complejidad y profesionalización. La pirámide que conformaban las comisiones locales era

⁵¹El Liberal, 13 de diciembre de 1924.

atravesada por otra estructura de comisiones creada según la naturaleza de las actividades a realizar. Se establecieron de este modo comisiones de recepción de figuras y contingentes, de propaganda, de orden, de tráfico, de organización de fiestas, de literatura además de una para la coordinación general⁵². La eficiencia en los traslados, la amplia presencia del evento en la prensa, la circulación de folletos, panfletos y volantes, la publicación de suplementos especiales y la preparación de la infraestructura de la ciudad, dan cuenta de la intensa labor desarrollada por los organizadores.

La intendencia se sumó a las tareas y destinó los fondos necesarios para la finalización de las obras del estrado ubicado fuera del templo. A su vez estableció por decreto que se adhería “en todo” a la celebración y autorizaba al departamento de Obras Públicas para que llevara a cabo la ornamentación de la calle Gral. López. En el mismo decreto ordenaba a la Usina de Electricidad iluminar los días de la celebración “el palacio Episcopal y la calle San Martín desde Gral. López hasta el Boulevard Pellegrini”⁵³.

El ritmo de la recaudación fue rápido y el monto alcanzado importante. El proyecto de ofrecer un soporte material y popular de inclusión para los católicos haciéndolos partícipes colectivamente de la recaudación, dio sus frutos y al 15 de enero de 1928 se contaba con 7995 gramos de oro y 2650 gramos de plata. Lo recolectado se usó para la confección de la corona, el arco de rayos, la plaqueta y las medallas que se entregaron a las personalidades invitadas.

El programa proyectado, a desarrollarse entre los días 22 y 24 de abril, era sencillamente imponente. Repique de campanas, procesiones, recepciones, misas, Pontifical en Guadalupe oficiado por el nuncio Cortesi, coronación, iluminación de la ciudad, presencia de bandas y regimientos vestidos de gala e incluso aviones militares⁵⁴. El día 22 de abril fue tempranamente recibido por el repique de las campanas de las Iglesias de la ciudad. A las seis de la mañana se puso en movimiento una compacta columna de fieles precedida por la banda de música del Regimiento 12 de Infantería. La acompañaba además el regimiento completo con sus trajes de gala. Desde la ciudad de Paraná también se había organizado una numerosa peregrinación precedida por el Obispo Monseñor Martínez y De Carlo. Salió del puerto paranaense a las 6:30 horas ocupando cuatro vapores, seguida detrás

⁵²BEDSF, núm. 32 y 33.

⁵³Decreto del Poder Ejecutivo Municipal transcrito en Ibid.

⁵⁴El Heraldo, 31 de marzo de 1928 y 28 de abril de 1928.

por un quinto en el que viajaba el Estado Mayor del Regimiento 13, al igual que sus homólogos de Santa Fe y Rosario, también con uniformes de gala. Casi al mismo tiempo hacía su entrada en el puerto el transatlántico Londres conduciendo a los peregrinos desde Buenos Aires. Poco después comenzaban a llegar numerosos barcos a vapor conduciendo varios centenares de fieles provenientes de Entre Ríos. La afluencia más importante se encontraba, no obstante, en los numerosos trenes que llegaban principalmente desde la ciudad de Rosario. Sólo el colegio San José envió cerca de 600 alumnos⁵⁵. La llegada al santuario fue relativamente ordenada a pesar de que los católicos de Rosario y otras procedencias de la provincia, así como los del resto del país debieron permanecer considerablemente alejados del templo dada la multitudinaria asistencia. A las 9:30 salió del santuario la procesión llevando la imagen de la Virgen que debía coronarse hacia el escenario donde se había levantado un altar al aire libre. La imagen fue escoltada por Monseñor Cortesi, diversos obispos y por el Gobernador de la Provincia acompañado por sus ministros. Ofició el Pontifical el Nuncio Apostólico y la misa fue cantada por un coro de aproximadamente mil niños compuesto por los alumnos de varios colegios. El momento de la Coronación marcó el clímax de la celebración y constituyó un momento de notable fervor. Según dejan entrever las crónicas, la enorme multitud presente siguió tensamente esos instantes. Muchos tal vez, principalmente aquellos que habían asistido buscando entretenimiento, simplemente observaban, e incluso es probable que no comprendieran ni estuvieran necesariamente interesados en comprender el ceremonial. Otros, tal vez más comprometidos, seguían respetuosamente la coronación, mostraban emoción pero interiormente esperaban ansiosos el momento en que la flotilla de aviones militares surcara los cielos. No obstante, junto a los espectadores que aguardaban ajenos la resolución de los hechos, también se encontraban aquellos que se entregaron a diversas modalidades de experiencias religiosas y cuyos rostros, tal como resaltaban las crónicas periodísticas, fueron recorridos por las lágrimas de una emoción que los inundaba y los conectaba con la embriagante potencia de una verdad subjetivamente experimentada.

Una vez terminada la misa de pontifical y mientras Monseñor Cortesi se ubicaba en el trono que se había preparado, la banda tocó el himno pontificio en el preciso momento en que una escuadrilla de aviones militares surcó los cielos arrojando flores y papelitos sobre

⁵⁵ El Herald, 7 de abril de 1928.

el altar. Una vez coronada la imagen y entonado el himno patrio, se cantó en una significativa secuencia el *Te Deum* y el *Regina Coelli*. Cada momento, cada acto, cada intervención estaba prolija y metódicamente preparada. Una verdadera “máquina acontecimental”, conectaba líneas y vectores para poner en funcionamiento dispositivos de subjetivación que parecían engendrar, al menos momentáneamente, una entidad colectiva.

A continuación, en un clima de gran alegría y festividad fueron leídos estratégicamente dos telegramas, uno del Papa que felicitaba y bendecía al “pueblo argentino” y otro del “pueblo mejicano” que saludaba a los peregrinos en Guadalupe. Tal como atestiguan las crónicas periodísticas la lectura de este último telegrama derivó en las incontenibles lágrimas de muchos de los asistentes y en una serie de encolerizados “vivas” a los mártires de Méjico, a Cristo Rey y a la Religión Católica. Finalmente la imagen fue conducida por el gobernador en procesión a la basílica.

Los actos se prolongaron durante todo el día y por la noche se llevó a cabo una procesión de antorchas. El Centro Católico de Jóvenes de la Parroquia San José y el Centro de Estudiantes y de Jóvenes de la Iglesia Matriz, así como diversas instituciones y grupos se encolumnaron en una gran procesión precedida por los automóviles de la gobernación, la intendencia y algunos dirigentes católicos.

La presencia masiva fue ampliamente comentada por todos los medios de prensa locales e incluso nacionales ante los cuales el evento se impuso. La magnitud de los hechos aseguró la mirada del “ojo público” y aún cuando la celebración era religiosa, no pasó desapercibido en los diarios que lo ocurrido pulverizaba las fronteras entre religión y política. La porosidad de esta demarcación era visualmente ilustrada entre otras cosas por la posición central, aunque subordinada, del gobernador y sus ministros durante los actos.

La producción de masividad en la prensa fue sumamente exitosa. Según *El Orden* la ceremonia había adquirido “Extraordinarias proporciones [...] con la asistencia de millares de devotos” y se explicaba que “Desde el amanecer en todos los barrios de la ciudad” se había notado “una animación que revelaba las proporciones grandiosas que iba a adquirir el acto de la coronación”⁵⁶. *El Litoral* señalaba más reflexivamente que “el testimonio de fe” vivido era “algo más que una exposición de creencias”⁵⁷. El *Santa Fe* por su parte

⁵⁶ *El Orden*, 22 de abril de 1928.

⁵⁷ *El Litoral*, 23 de abril de 1928.

publicó entre el 20 y el 22 de abril un suplemento de varios pliegos consagrado específicamente a las fiestas de la coronación, en el que se incluían apuntes sobre la fundación del santuario acompañado de un gran número de fotografías. En una nota de tapa, ofreciéndose una singular comparación, el diario señalaba que el santuario “certificaba la convicción religiosa, como certifican las pirámides la cultura del pueblo faraónico” y concluía calificando de “inmensa” a la concurrencia⁵⁸. También *Nueva Época* recogía los ecos de la celebración concluyendo que “la fe había tenido la virtud de conmover a todo el pueblo”⁵⁹. La prensa católica santafesina se hizo eco a través de las notas de los periódicos *La Verdad* y *El Herald* y a nivel nacional en las páginas del diario *El Pueblo* en Buenos Aires. En ellos se celebraba el “resurgimiento del espíritu religioso” supuestamente en niveles “nunca antes conocidos”⁶⁰. Las repercusiones alcanzaron también a los diarios nacionales más importantes. *La Prensa* afirmó que la “coronación de la Virgen de Guadalupe” había “constituido uno de los acontecimientos religiosos más importantes realizados en Santa Fe” y se recalca el hecho de que la concurrencia había sido “tan numerosa” que no había “quedado [...] un sitio desocupado en el Santuario ni en las calles adyacentes y en la plaza”⁶¹. *La Nación* por su parte señalaba con cautas pero elocuentes palabras que “Probablemente en muy contadas ocasiones habrá tenido Santa Fe un número tan grande de personas unidas por un mismo sentimiento”⁶².

La producción del acontecimiento se había consumado exitosamente. Los engranajes de la máquina pacientemente montada, habían crujido estruendosamente el alumbramiento, para muchos, de “la verdad”. Una compleja secuencia de instancias simbólicas y materiales había posibilitado la coronación y con ella la irrupción de experiencias religiosas y “puntos de fuga” en muchos de los católicos peregrinos⁶³. Ante la imagen de la Virgen, no fueron pocos los que, sumergidos en el “mar de cabezas” que atentamente seguía la coronación, se reconocieron seguramente como fraternidad en acto⁶⁴. Frente a la imagen coronada, poco parecían importar las contradicciones y las diferencias teológicas del universo católico, ni las contrastantes tendencias políticas. Las calles

⁵⁸ *Santa Fe*, 22 de abril de 1928.

⁵⁹ *Nueva Época*, 22 de abril de 1928.

⁶⁰ *El Herald*, 21 de abril de 1928 y 28 de abril 1928.

⁶¹ *La Prensa*, 22 de abril de 1928.

⁶² *La Nación*, 23 de abril de 1928.

⁶³ Ver de Calveiro, *Familia*, 2005, pp. 157-170.

⁶⁴ Sobre la idea de “fraternidad” y “colectivo-totalidad” ver de Badiou, *Siglo*, 2005.

católicas inundadas de “verdad” interpelaban de manera total. Al mismo tiempo, la interpelación se materializaba en la experiencia del encuentro, de la oración colectiva “cara a cara”, del calor de los cuerpos amontonados, de la plegaria, de los cruces entre miradas, del contacto físico y la visión de varias decenas de miles de cabezas.

Las calles entre el sentido religioso y la política partidaria

Las calles católicas, de las cuales Guadalupe era sólo una de sus manifestaciones, eran festividades religiosas que, como en este caso, podían proyectarse políticamente en más de un sentido. La dimensión litúrgica y religiosa guadalupana, independientemente de cómo lo vieran los propios actores, formaba parte de una historia que no podía dejar de imbricarla en la política-partidaria. Guadalupe era a fines de la década de 1920 una “madre” que amparaba las cosechas, sanaba enfermedades y protegía al “pueblo” de los partidos reformistas, principalmente de los demócratas progresistas. Estas eran cosas que, aunque diferentes, iban sin embargo de la mano. Por entonces durante la coronación hacía ya siete años que se agradecía a la Virgen el haber detenido a los reformistas. En Guadalupe, de este modo, la curia recordaba ritualmente a los partidos sus límites, las fronteras más allá de las cuales debían esperar la firme oposición de la Iglesia. En otras palabras, las calles y sus multitudes, si las circunstancias estaban dadas, podían ser utilizadas para proyectar como en 1921, las sombras del “pueblo católico” sobre el sistema político. De este modo se recordaba además que si la tutela de la Iglesia era desconocida, las estructuras eclesiásticas y las organizaciones del laicado podían asumir una participación más activa, como durante la coyuntura electoral que consagró a Aldao.

En un sentido más antropológico, las peregrinaciones y procesiones eran motivo también de la activación de hondas creencias que se encarnaban en dispositivos de significación e intervención que, más allá de su naturaleza religiosa, podían revertir en modos y prácticas de acción política directa. Como trasuntan los agradecimientos y las plegarias recogidas en el *Boletín Eclesiástico* y las crónicas periodísticas, Guadalupe ofrecía un paraguas de contención en el que fluían significaciones que podían fundir eventualmente lo mágico-religioso en lo político. Si bien la curia rechazaba la frecuente vulgarización de la intervención de la Virgen y alertaba sobre el peligro de la confusión entre oración, petición y magia, en los hechos ella misma contribuía a desdibujar dichas

fronteras al invocar precisamente la intervención de la virgen en contra de los reformistas y al agradecerle luego su eficaz accionar. Este desdibujamiento fue un ingrediente siempre presente y ya en 1902 la curia alentaba a los peregrinos animándoles a pedir favores y milagros ya que estos no podían “escasear si eran necesarios”. Se aclaraba en la convocatoria de aquel año que la Virgen a “nadie” desoía ya que “a todos admitía, a todos protegía y a todos curaba”⁶⁵. En los llamados de 1903 y 1904 se volvió a insistir sobre el carácter milagroso de la Virgen y durante 1905 se rezaron numerosas novenas en su nombre con el objetivo de detener las aguas que inundaban la ciudad⁶⁶. Se hizo frecuente que las cosechas fueran puestas bajo su protección, la única que podía detener las langostas y las granizadas, algo que también los salesianos hicieron en Rosario años después con María Auxiliadora. Estas lógicas y prácticas que enardecían a los librepensadores que acusaban a la Iglesia de difundir la “superstición” y el “fanatismo”, estaban muy generalizadas y las calles parecían ofrecer un canal privilegiado para su expresión⁶⁷. Allí, frente a la Basílica los peregrinos pedían íntimamente muchas cosas, algunas de las cuales registraban en los libros de firmas y que a veces coincidían con las que públicamente se pedían en nombre del pueblo católico. Estas peticiones, nacidas de las necesidades tanto existenciales como estrictamente materiales de mujeres y hombres, se unían en las plegarias generales a la voz de la curia que entre 1921 y 1928 nunca dejó de pedir el naufragio de la causa reformista.

De este modo las relaciones entre religión y política se estrechaban en formas extremadamente capilarizadas que, eventualmente, podían dar paso a complejas apropiaciones. Guadalupe se ofrecía, tal como señalaba Isaac Pearson en 1928, como una “Madre” que enfrentaba el “dolor” y la “muerte”, pero también a los “reformistas”, al “extranjerismo liberal”, al PDP y en una secuencia continua a las aguas y a las langostas⁶⁸.

De estas complejas imbricaciones nacía la razón de posibilidad de prácticas de intervención política concretas que, como la bendición de los votos de la fórmula Aldao-

⁶⁵ BEDSF, 1 de abril de 1902.

⁶⁶ BEDSF, 16 de abril de 1903; 9 de mayo de 1904; 16 de mayo y 15 de junio de 1905.

⁶⁷ Ver Bonaparte, Desde, 1920; también sus intervenciones en la Convención Constituyente de 1921, en Diario de Sesiones de la Convención Constituyente, t. I, El Litoral, Santa Fe, s/f, p. 241. Sobre el problema de la industria de la fe ver Tribuna, 2 de noviembre de 1931; también Espíritu Nuevo, 10 de mayo de 1921.

⁶⁸ Ver las consideraciones de Pearson en BEDSF, núm. 32 y 33.

Cepeda, generaban infructuosas denuncias y reclamos por parte de los radicales opositores y muy especialmente de los demócratas progresistas⁶⁹.

Consideraciones finales. La Virgen de Guadalupe y el catolicismo de masas.

A comienzos de 1920 la devoción por la Virgen de Guadalupe gozaba de popularidad y arraigo entre los santafesinos. De ello era testigo el creciente número de folletos, imágenes, postales y medallas que año a año se acuñaban con motivo de la celebración y que se distribuían en la Basílica, en las parroquias y que se vendían en puestos ambulantes instalados en las inmediaciones del templo o en alguno de los tramos del trayecto que se recorría en procesión.

A pesar de su creciente centralidad, Guadalupe no era sin embargo una práctica en el desierto y en los hechos formaba parte de una extensa y compleja red de prácticas devocionales y religiosas que la excedían. Las procesiones de Semana Santa, las innumerables fiestas patronales y especialmente Corpus Christi y Cristo Rey, también conducían a los católicos de los templos a las calles y contribuían a consolidar una cultura católica de la movilización de la que oblicuamente se nutría Guadalupe. En el caso de Rosario, la procesión de Corpus era particularmente numerosa y organizada por los militantes del Círculo de Obreros se hizo fuerte desde la segunda década del siglo XX.

En este marco, lo que volvió singular desde un punto de vista político a la peregrinación guadalupana de 1921, fue la circulación de un discurso que logró articular de manera consistente identificaciones religiosas y políticas, recreando una lógica amigo-enemigo destinada a perdurar en la política santafesina⁷⁰.

La coyuntura permitió así a la curia redescubrir en el ámbito diocesano, en consonancia con lo que a nivel nacional había ocurrido durante el Congreso Eucarístico Nacional de 1916, la importancia de la movilización de masas. En consecuencia, aún cuando no se abandonaron en lo inmediato los intentos de formar una liga o una unión electoral y eventualmente un partido católico, al mismo tiempo se intentó desde entonces recrear la aparición de 1921. Para ello, fue preciso no obstante que una nueva coyuntura de

⁶⁹Ver las intervenciones de los reformistas Mario Antelo y Romeo Bonazzola en la Cámara de Diputados en las sesiones del 27, 28 y 29 de marzo de 1924, en Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de Santa Fe, 1924, en ALSF.

⁷⁰ Sobre la lógica amigo-enemigo ver de Schmitt, *Político*, 2000.

enfrentamiento se desatara. Por entonces, la curia y las organizaciones del laicado lograron que lo católico se definiera políticamente por oposición a la reforma laicista y como se vio, el triunfo de la fórmula que encabezada Ricardo Aldao fue atribuido a la intervención de la Virgen.

En 1928 cuando se realizó la coronación, la peregrinación había dejado de ser una celebración estrictamente religiosa. Esto podía ser reconocido o no por quienes participaban, pero lo cierto era que los discursos y los llamados que se sucedían desde 1921 ya no dejaban márgenes de duda. Anualmente se agradecía a la Virgen el “estar siempre ahí”, el haber detenido las aguas, asegurado las cosechas y “acallado” a los reformistas “extranjeros” y a los “enemigos del nombre de Dios”.

Las salidas a la calle parecían ofrecer además, junto a la dimensión política, un vehículo de articulación con los sectores populares que, como ocurría en las fiestas patronales y en las procesiones parroquiales, permitía a la Iglesia conectar lo religioso y lo lúdico ofreciendo un escape a las rutinas cotidianas. Guadalupe se presentaba a partir de estas circunstancias, como una experiencia singular a través de la cual la Iglesia santafesina comenzaba a transitar en las calles la senda de un catolicismo de masas⁷¹.

En la década siguiente las multitudes católicas cobrarían un protagonismo mayor y se proyectarían como nunca antes a nivel nacional. No obstante, a pesar de la centralidad de aquellas congregaciones y del abanico de circunstancias específicas que se pusieron en juego entonces, el éxito de la ola de Congresos Eucarísticos de la década de 1930 fue el corolario de prácticas que, como se vio, tenían largas y sinuosas historias.

ARCHIVOS

AHPSF, Archivo Histórico Provincial de Santa Fe

AASF, Archivo del Arzobispado de Santa Fe

ALSF, Archivo de la Legislatura de Santa Fe

HEMEROGRAFÍA

Unión Provincial, 1899, Santa Fe

Nueva Época, 1899-1901; 1920-1928, Santa Fe.

⁷¹ Sobre el catolicismo de masas ver de Lida, “Masas”, 2008.

Santa Fe, 1920-1928, Santa Fe.
El Orden, 1928, Santa Fe.
La Capital, 1920-1928, Rosario.
El Litoral, 1928, Santa Fe.
El Herald, 1924-1928, Rosario.
La Prensa, 1928, Buenos Aires.
La Nación, 1928, Buenos Aires.
Boletín Eclesiástico de la Diócesis de Santa Fe, 1900-1928, Santa Fe.

BIBLIOGRAFÍA

- Badiou, Alain, El Siglo, Manantial, 2005.
- Blanco, Jessica, “Religión y espacio público en la Argentina moderna. El caso de la Acción Católica Argentina (1931-1941)”, en Vidal, Gardenia, La política y la gente. Estudios sobre modernidad y espacio público, Córdoba, 1880-1960, Ferreyra Editor, Córdoba, 2007, pp. 63-90.
- Bianchi, Susana, “Presentación al dossier Religión y sociedad en la Argentina contemporánea”, Anuario del IEHS, núm. 17, 2002, Tandil.
- Bianchi, Susana, Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina, 1943-1955, Prometeo-IHES, Tandil, 2001.
- Bonaparte, Luis, Desde la barra, Éxito, Santa Fe, 1920.
- Buchrucker, Cristian, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955), Sudamericana, Buenos Aires, 1995.
- Caimari, Lila, Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955), Ariel, Buenos Aires, 1995.
- Calveiro, Pilar, Familia y poder, Araucaria, Bs. As. 2005.
- Di Stefano, Roberto y Zanatta, Loris Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX, Mondadori, Bs. As., 2000.
- Frigerio, Alejandro, “Repensando el monopolio religioso del catolicismo en la Argentina”, en Carozzi, María y Cernadas, César (coords.), Ciencias sociales y religión en América Latina. Perspectivas en debate, ACSRM, Biblos, Buenos Aires, 2007, pp. 98-100.

Grandinetti, Bibiana, “La configuración identitaria de un colectivo anticlerical: el Movimiento Librepensador de Santa Fe, 1905-1921”, en CD 2das. Jornadas de Historia de la Iglesia en el NOA, 15, 16 y 17 de mayo de 2008.

Lida, Miranda, “La Iglesia Católica en las más recientes historiografías de México y la Argentina. Religión, modernidad y secularización”, Historia Mexicana, El Colegio de México, n. 224, abril- junio de 2007, México.

Lida, Miranda, “El catolicismo de masas en la década de 1930. Una revisión historiográfica”, en CD 2das. Jornadas de Historia de la Iglesia del NOA, 15, 16 y 17 de mayo de 2008.

Luckmann, Thomas y Berger, Peter, La construcción social de la realidad, Amorrortu, Bs. As., 1994.

Macor, Darío, “Las tradiciones políticas en los orígenes del peronismo santafesino”, en Macor, Darío y Tcach, César (eds.) La invención del peronismo en el interior del país, UNL, 2003, pp. 85-110.

Macor, Darío, “Católicos e identidad política” en Macor, Darío, Nación y provincia en la crisis de los años treinta, UNL, Santa Fe, 2005.

Mallimaci, Fortunato, El catolicismo integral en la Argentina, 1930-1946, Buenos Aires, Biblos, 1988.

Mallimaci, Fortunato, “Los diversos catolicismos en los orígenes de la experiencia peronista”, en Di Stefano, Roberto y Mallimaci, Fortunato, Religión e imaginario social, Manantial, Buenos Aires, 2001, pp. 215-232.

Mauro, Diego, “Liberalismo, democracia y catolicismo en Argentina. La reforma constitucional de 1921 y las identidades políticas. Santa Fe 1920-1923”, Boletín Americanista, año LVII, núm. 57, Universidad de Barcelona, 2007, España.

Mauro, Diego, “Católicos en la prensa profana. Nueva Época frente al reformismo liberal. Santa Fe, 1920-1923”, Andes, núm. 19, CEPIHA, 2008, Salta.

Mauro, Diego, “La formación de la Acción Católica Argentina tras el ocaso del juego republicano. Ligas, círculos y comités católicos en la diócesis de Santa Fe, 1915-1935”, en Entrepasados, Buenos Aires, 2009, en prensa.

Rajchman, John, Deleuze. Un mapa, Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.

Saranyana, Josep-Ignasi, “Un siglo de teología latinoamericana”, Prohistoria, núm. 6, 2002, Rosario, pp. 225-252.

Schmitt, Carl, El concepto de los político, Alianza, Buenos Aires, 2000.

Sigal, Silvia, La plaza de Mayo. Una crónica, Siglo XXI, Buenos Aires, 2006.

Stoffel, Edgar, Nuestra Señora de Guadalupe, UCSF, Santa Fe, 2006.

Stoffel, Edgar “Guadalupe. Centro de irradiación espiritual y lugar de encuentro social”, Sedes Sapientiae, año V, núm. 5, UCSF, Santa Fe, 2002

Vidal, Gardenia “Reacción de la tradición y sus intentos de formar un partido católico. Córdoba, 1918-1925”, en Spinelli, María Estela, Servetto, Alicia, Ferrari, Marcela y Closa, Gabriela, La conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX, UNC, UNCPBA, UMDP, Córdoba, 2000, pp. 83-108.

Zanatta, Loris, Del Estado Liberal a la Nación Católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943, UNQ, 2002.